

**CUENTOS DEL PARAISO DE LAS
ISLAS: Cuentos breves de la Biblioteca de
don Borondón o del Naranjal**

13-03

**CARLA CANON SUEÑA CON ACUEDUCTOS:
la Gran Inversión**

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 01/07/2013 y 15/02/2014
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com**



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
**Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias
Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio
Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma
Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

CARLA CANON SUEÑA CON ACUEDUCTOS: la Gran Inversión



- Un acueducto de la Europa húmeda y boreal hacia el sur seco o estepario.

La Carla Canon estaba guapísima aquella tarde.
La exposición le había salido muy bien, clara y sobria,
y todos estaban encantados con su desenvoltura y seguridad.

1

La argumentación básica la habían discutido mucho;
sobre todo, la inversión de cánones lógicos, como le gustaba decir a la Carla,
en este caso jugando con el agua y el petróleo. Estaba claro
que la racionalidad económica había cubierto el planeta de grandes conducciones
de petróleo y otros carburantes en dirección sur estepario hacia norte húmedo,
y la única contrapartida admisible y hasta sostenible era cubrir
esos mismos espacios móviles con una red paralela de conducciones de agua,
acueductos.

Desde el punto de vista lógico y moral era el mejor pago y el más natural que podía hacer el norte al sufrido sur. Los emisores de petróleo y gas debían ser receptores de agua en las mismas cantidades y circunstancias. Los pagos en dinero tradicionales no habían servido nada más que para ennegrecer el horizonte común, generadores de desigualdad y contaminación hasta límites ya absurdos para todo tipo de racionalidades.

A estas alturas de sus discusiones y razonamientos, habían tenido Carla y su equipo una cita con el Fito Náser, el gran programador, y éste la había convencido para que utilizara la fórmula matemática más simple y elegante para calcular o construir el modelo, el diseño básico del posible nuevo sistema. +/- A = +/- P, concluyeron, considerando A al agua y P el petróleo y otros carburantes, así en general. Pues eso, estricta equivalencia, en la medida en que se precisase y acordase, en los intercambios entre el Norte y el cuadrante Sur-Sureste.

Como primera concreción, previa a desarrollos posteriores – el lenguaje economicista o financiero seguía pretendiendo contar todo –, la red de canalizaciones N-S.SE y S.SE-N debían solaparse y complementarse. Esto último, por una razón práctica: alguna de las conducciones de carburantes, los oleoductos, estaban siendo abandonadas ante el avance de lo que llamaban energías renovables, principalmente la eólica y la solar. En ese caso, tramos de las conducciones de agua N-S.SE podían considerarse ya trazadas con una más o menos compleja operación de reciclaje o ajuste técnico, de sustitución, muy de moda también por entonces.

En las discusiones previas a la redacción del proyecto, un informático al que le gustaba mucho la geopolítica, como él decía, estuvo a punto de incluir en el modelo teórico que pretendía estructurar la Carla precisiones sobre las Federaciones occidentales que controlaban aproximadamente la mitad del casquete polar Ártico, y el gran estado unitario siberiano-ruso que controlaba la otra mitad; eran los señores de las aguas, por lo tanto, pero Carla Canon no creyó conveniente desvirtuar la exposición, al hacerla menos sobria o esencial, con el peligro de perderse entre laberintos de Federaciones Oeste y Unión Roja, de tan ingrato recuerdo en la memoria colectiva del paraíso de las islas. Todos conocían al dedillo, desde la infancia, la triste historia de las guerras del pasado, hasta la gran guerra final con la muerte de JB. Federación Oeste y Unión Roja habían quedado superadas, por otra parte, por la nueva realidad del paraíso de las islas, en el que se hallaban.

2

La idea y diseño básicos de la red de acueductos N-S.SE lo desarrollaron en múltiples formatos, literarios, audiovisuales y digitales, en cuyo proceso disfrutaron mucho todos los componentes del equipo, durante la mayor parte del curso. Para Carla Canon fue su primer trabajo como coordinadora general, y esto la mantenía excitadísima.

-Necesito oxigenar el cerebro – solía decir al final de cada jornada. Todos le reían la frase; sabían que, hasta bien pasada la medianoche, la Carla iba a incendiar lo que llamaban finamente “el tiempo de la distensión”, los bares y locales del entorno de sus módulos en fin. Todos sabían que la Carla no iba a parar hasta encontrar a alguien con quien compartir cama esa noche, con baños y masaje incluidos si no se hacía demasiado tarde. Eso significaba para la Carla, en el fondo, su necesidad de oxigenarse.

Carla Canon – como sabían todos los que la conocían ya por haber estado con ella un tiempo en otros equipos – sólo estaba tranquila y sosegada cuando estaba enamorada. Su último amor, el Salvatore, Salvo para los amigos, hacía un mes largo que se había ido lejos, a otro intersticio de nomadeo que estaba atrayendo a muchísima gente en esos momentos, en islas del Caribe próximas a Haití.

Carla y Salvo se habían conocido en los intersticios de la casa del Naranjal, en un viaje de conocimiento y de contactos para fijar la historia de Ahmed Pujol, mulato claro, el Pujolito. A la Carla la enternecía el Salvatore, tan frágil e inexperto, pero tan avisado... Y tan macizo, como ella le veía; tenía sus gustos. Pronto se lo ligó; no le resultó nada difícil. Aprovechó el cortejo para lucir sus trajes futuristas y más arriesgados, con sus recursos documentalistas y de comunicación acoplados a rebequitas de cuero y pantalones ceñidos a lo las cat-womans de las pelis infantiles. Tenía fascinado al chico. Y les duró todo el final del verano, el otoño y el invierno, y parte de la primavera. Un record para la Carla. El Salvatore salió hecho un hombre de aquella relación, aunque no le abandonaron por completo los fantasmas de una infancia palermitana durísima y bastante procaz.

Cuando se comenzó Carla a plantear en serio el proyecto de red de acueductos que acababa de presentar, Salvatore participó en la estructuración del equipo. Seguían de enamorados, aún, con mucha marcha y mucha fuerza, y Carla terminó de diseñar su proyecto en pleno subidón, aireado el cerebro, como ella decía. Salvo controlaba muy bien la tecnología de registro de sonido en la que se había especializado, tecnología que había funcionado estupendamente en el informe Pujolito; estaba contento.

Pero una mañana se levantó de la cama con la imagen fija de uno de sus sueños de la infancia, la montaña que decían “Pan de Azúcar” en Río de Janeiro, en Brasil, con un cristo con los brazos muy abiertos en todo lo alto. Sus años de niño en Palermo, semi-abandonado por una familia muy dispersada y cada vez más en la miseria, los había resumido siempre en ese sueño, sobre el que coleccionó más tarde cromos y postales o fotografías recortadas de revistas. A toda la gente que había conocido, le preguntaba siempre si Brasil estaba lejos y cual podía ser la manera más sencilla o fácil de llegar hasta allí desde Palermo. Enseguida se enteró de que para llegar había que cruzar el mar. O en barco o en avión. No podía echarse a andar hasta llegar allá, y fue su primera gran sensación o vivencia de sentirse aislado, acorralado o encerrado.

Fueron unos años difíciles para él, de los que no gustaba hablar, hasta que consiguió embarcarse, mal que bien, y terminó en un primer intersticio de nomadeo que por entonces se estaba estructurando en la costa norteafricana, con un nuevo modelo organizativo basado en los viejos conciertos de rock. Fue allí en donde el jovenzuelo Salvo se convirtió en el estupendo técnico de sonido que le permitía moverse, viajar.

Carla Canon volvió a enternecerse con aquel joven que se había convertido en su hombre, y fue clara al decírselo.

-Salvo, tienes que largarte de aquí. Al Brasil. Busca.

3

Salvatore se alegró ante la rotunda e imperativa reacción de Carla. Le dio seguridad. Y aquellos días previos a la salida para el Caribe, se dio cuenta de que la quería más, mucho más. Fue poniendo al día a un par de chicos en la tecnología de sonido que habían diseñado para aquel informe que acaban de admitir como proyecto tutelado por la Carla, y en dos semanas estaba lista la sustitución en el equipo. Era un antiguo colega del intersticio de nomadeo magrebí en el que él mismo se había formado, un subsahariano larguirucho y fuerte y muy habilidoso llamado Driss Traoré. Podía llegar a registros sutilísimos. Con Carla Canon, además, se entendía a la perfección.

El día de la despedida, la víspera de que Salvo tomara el avión para Haití, se pasaron toda la siesta, Carla y él, en la intimidad de su módulo y dormitorio, más cariñosos que nunca. Les daba un poco de penita separarse, la Carla parecía una niña chica, y el Salvo la acariciaba, allí, hecha un ovillo a su regazo.

En la cálida intimidad, en vísperas de su separación, el palermitano sintió la necesidad de evocar para Carla el inicio de su viaje de huida, ese arranque primero de, fundamental, en la raíz de la búsqueda de cualquier intersticio de nomadeo mínimamente protector.

Salvo había salido de Palermo buscando patria nueva y libertad, y se había encontrado de manera natural con sus iguales. El barco en el que se había enrolado llevaba suministros internacionales para el gran campamento de los subsaharianos que se habían ido concentrando en una de las fronteras más conflictivas y complejas de la región, entre dos archipiélagos minúsculos que pertenecían a diferentes soberanías y una ciudad de la estepa cuyos barrios rebosaban también las fronteras soberanas de los diferentes señores del desierto. Camiones destartados, barquichuelos y pateras, convivían con automóviles blindados policiales o militares, lanchas neumáticas o motonaves, así como con alambradas, verjas y muros y controles aduaneros caprichosos y en ocasiones anacrónicos.

-El corazón caliente de la crisis – sonrió Carla, y animó al muchacho a que continuara. Era la primera vez que se lo intentaba narrar.

Al parecer, había sido de tal complejidad la gestión de aquella crisis generada por la larga sequía saheliana y la miseria del sur, con la intervención de organizaciones humanitarias y comisiones burocráticas comunitarias europeas y observadores unescos y unicefs y pacifistas y ecologistas, y banqueros éticos y patronales y sindicatos y grandes corporaciones... Fue el acabose. Luego se unieron los estudiantes con sus reivindicaciones, protestas y acciones de voluntariado, y al final, cuando el campamento de refugiados era un hecho ya, anárquico, no tuvieron más remedio que aceptar la realidad las diferentes soberanías – las autoridades estatales – y ceder cada una un trozo de terreno, en el que se incluyeron los dos archipiélagos diminutos, el más próximo a la costa al que llamaban de Tierra y el más alejado al que llamaban del Mar.

Lo primero que debieron organizar fue el dispensario médico y los comedores y letrinas. Médicos sin fronteras y del mundo, bomberos de vacaciones profesionales viajeras, parados con diploma de cooperante o de voluntario, y una maraña de tramas y asociaciones similares, hasta payasos por el mundo y festivales de cine de gira por lugares con catástrofes humanitarias, terminaron constituyendo una animada romería festiva. Dramática y festiva. La gestión de todo aquello, en cuanto se serenó un poco la cosa, todos acordaron que debía de tomar por modelo no a la cárcel, la reclusión o el presidio, pues había que respetarle su perfil de “protector” a aquel campo, al ser ese el objetivo que se había tenido que imponer al fin, para que aquello no amenazara con convertirse en una carnicería.

Salvo había llegado a aquel campo de refugiados en ebullición, que ya comenzaban a tipificar como intersticio de nomadeo –recordando un viejo concepto de J.B.-, cuando se estaba serenando la cosa; llegaba con un cargamento de material electrónico para imagen y sonido. Y al primero que se encontró en el campo, durante la descarga, un colega de Driss Traoré, le preguntó de qué iba aquello; se lo explicó en pocas palabras de una jerga que funcionaba como lengua franca: estaban montando un concierto de rock permanente.

Unos bromistas, en una reunión, habían sugerido que el modelo organizativo más adaptable a aquel agrupamiento humano circunstancial para todos, no podía ser otro que aquel modelo que tan bien conocían los jóvenes europeos, el concierto de rock con acampada de varios días. Y fue así, como una broma sabia, como todos supieron qué debía hacer cada uno en aquel caos primigenio, y era por eso también por lo que el carguero en el que había viajado Salvo estaba allí con parte de los equipos necesarios para la Ocasión. Para la operación *campo de refugiados en modelo de concierto de rock*.

Salvo participó activamente en la descarga y almacenaje del material, primero, y cuando comenzó la fase de montaje y puesta a punto de todo aquel utillaje electrónico, Salvo se enroló también en esa nueva fase y se despidió de la tripulación del carguero, que regresaba a otro puerto al norte del mar

para nueva carga; no hubo ningún problema en encontrarle un sustituto, en aquella multitud de jóvenes con ganas de salir pitando de allí hacia el norte, y Salvatore terminó siendo experto manipulador de alta tecnología digital de sonido. Aprendizaje natural paralelo a una función, y nuevas amistades con gente animosa que le despertaba una tremenda curiosidad.

Carla Canon conocía todo aquello que le estaba narrando el Salvo. También lo había vivido, en todos sus viajes de voluntariado y de conocimiento y contactos, como habían dado en llamarlos, desde el inicio mismo de sus estudios de sociología aplicada. También había visitado aquel intersticio de nomadeo del archipiélago de islas de Tierra y Mar, pues se había hecho muy famoso tanto por sus conciertos de rock como por los talleres de acogida por los que habían pasado innumerables gentes de paso, huidos, refugiados, voluntarios, los que van y vienen, de alguna manera todos ellos nómadas sin más al fin.

Uno de los perfiles más dramáticos, en demasiadas ocasiones también trágicos, de la crisis, que decían, que a punto había estado de convertirse en gran guerra. De los más dramáticos pero divertidos, con el tiempo, cuando aquello se serenó un poco y comenzaron todos a mimar a los intersticios de nomadeo como la Gran Inversión; la mejor inversión para tiempo de crisis. La que mayor entusiasmo y aceptación podía lograr. Y así lo entendieron hasta los políticos, que ya era decir o pedir. Los antiguos, más vejesterios y paranoicos, pues poco a poco fueron sustituidos por gente más normal.

Y aquello se animó más aún.

4

Carla Canon no quiso acompañar a Salvo hasta el aeropuerto. No le gustaban las despedidas.

-Me gusta ir al aeropuerto a esperar a la gente, chico, pero no a despedirme – y le dio un beso en la mejilla y un pellizquito en el lóbulo de la oreja. A Salvatore se le veía emocionado y torpe. –Si te apetece una escapadita por aquí, me avisas y te voy a esperar. ¡Vamos, aire!

Y se fue corriendo a una reunión de coordinación.

-¡Oh, los arquitectos! No entienden nada.

Ese había sido el final del último amor de la Carla. Desde aquella despedida había transcurrido poco más de un mes; durante el cual había vuelto a ser la Carla Canon que todos recordaban.

La muchacha activa y ardorosa que al final de una jornada de trabajo necesitaba airearse un poco, oxigenarse, incendiar el tiempo de la distensión y el intersticio todo

en el que se encontrara.

Otra de sus maneras de amar.

Su atmósfera.



FIN